

# CONVERSACION CON EL PRIMER MINISTRO PORTUGUES, VASCO GONÇALVES

«E

STE ha sido el primer ataque en regla contra la democracia portuguesa. Una conspiración reaccionaria destinada a destruir las libertades logradas desde el 25 de abril, que ha sido posible desmontar gracias a la vigilancia del pueblo y de las Fuerzas Armadas», me dijo el general de brigada (brigadeiro) Vasco Gonçalves, primer ministro del Gobierno Provisional portugués nombrado el pasado mes de julio y confirmado ahora en su cargo por el general Costa e Gomes al asumir la Presidencia de la República tras la dimisión de Spínola. Hablábamos en un salón del palacio de São Bento, residencia oficial del primer ministro, un salón decorado con tapices y cuadros de tema religioso del siglo XVI, vitrinas y tresillos de estilo francés, alfombras persas y arañas de cristal. El salón está igual que estaba cuando servía al Presidente del Consejo, Marcelo Caetano, para recibir sus visitas. Pero la sencillez personal, el tono llano, exento de retórica del hombre junto al que yo estaba sentado en el sofá de color beige colocado en el centro del salón, expresaban por sí solos elocuentemente la profundidad de los cambios registrados en la política portuguesa.

El general Vasco Gonçalves tiene ahora cincuenta y tres años y pertenece al arma de Ingeniería, habiendo ocupado la cátedra de Puentes y Caminos en la antigua Escuela del Ejército. Su carrera militar le llevó a la India, a Mozambique y a Angola, donde fue ascendido a coronel en 1970. Su ascenso a general de Brigada se ha producido después de su nombramiento como primer ministro, en julio pasado. Vasco Gonçalves es hijo de un famoso internacional del fútbol portugués, Victor Gonçalves, que fue durante muchos años capitán del Benfica y formó parte de la selección portuguesa que se enfrentó por primera vez con la de España. El primer ministro del Gobierno Provisional ha sido uno de los hombres clave del Movimiento de las Fuerzas Armadas desde su fundación y forma parte de su Comisión Coordinadora. Muchos observadores de la revolución portuguesa creen que fue precisamente Vasco Gonçalves el verdadero cerebro del levantamiento

militar que puso fin a cuarenta y ocho años de fascismo.

El general es un hombre de buena estatura, bien plantado como suele decirse, aunque sus gestos no son nada marciales ni arrogantes. Tiene una mirada inteligente, que denota un talento

tro, apenas la vio, se dirigió a ella y le dijo: «Pasad, pasad. Podéis entrar». Así que entraron y se sentaron en los sillones frente al sofá, asistiendo al resto de la conversación. En otro momento, cuando mi compañero se disponía a hacer las fotografías de ri-

general, entre confuso y divertido, dijo: «No estoy acostumbrado a estas cosas. No estoy acostumbrado».

Para no estar acostumbrado, sin embargo, el general Vasco Gonçalves ha demostrado en esta crisis unas indudables dotes de hombre público. No es lo que se llama un orador, pero tiene una enorme facilidad para responder brillantemente a las preguntas que se le hacen en público. Recuerdo la viveza con que contestaba a las mías. Le dije, por ejemplo: «Quizá sepa usted, señor ministro, que algunos periódicos españoles han calificado los acontecimientos de Portugal de "golpe

## Luis Carandell

de organizador, pero es totalmente distinto de un tecnócrata. No se observa en él ninguna impaciencia, y él mismo ha dicho uno de estos días, según he tenido ocasión de leer en algún periódico, que «la impaciencia es fascista». Charla tranquilamente y se está a gusto con él, porque no parece tener ninguna prisa y se interesa verdaderamente por la conversación. Mira directamente a los ojos, virtud rara en un hombre público, y deja que sus sentimientos se reflejen en su rostro. Se alegra, se muestra preocupado o se enfada según lo requiera lo que está diciendo. Me contaban, por ejemplo, la indignación con que contestó a un periodista francés que le había preguntado si era cierto lo que se decía de que él había pertenecido a un partido de izquierdas. «Eu não respondo a perguntas provocatorias», exclamó con violencia Vasco Gonçalves, y añadió que a él se le tenía que juzgar como miembro del Movimiento de las Fuerzas Armadas y como primer ministro del Gobierno Provisional. A un periodista español que empleó, en la rueda de prensa celebrada el lunes día 30 de septiembre, un desafortunado tono al preguntarle si las Fuerzas Armadas pensaban cumplir su promesa de celebrar elecciones en marzo, le contestó que el Movimiento pensaba cumplir su Programa. Y añadió: «Debo manifestarle mi convicción de que los pueblos latinos también pueden y saben vivir en la democracia», lo que arrancó un aplauso de los periodistas presentes en la sala.

Observé un par de detalles que merece la pena contar a fin de acabar de explicar la personalidad del primer ministro. En un momento dado, mientras estábamos conversando, se abrió la puerta del salón y asomó el rostro de la esposa del general, que venía acompañada por otra señora de la familia. El primer minis-

tor, uno de los ayudantes del primer ministro se acercó a él para arreglarle un poco la corbata que le había quedado fuera de la chaqueta. No pude evitar reírme, y el



«O fascismo não passará», «Maioria tenebrosa, maioria silenciosa» y «Não a manifestação-burla» eran algunos de los carteles más repetidos en las fachadas de Lisboa después del que ha sido llamado «el segundo 25 de abril» portugués.





de Estado de la izquierda". No me dio tiempo de preguntarle qué comentario le merecía esta afirmación. Esbozó una sonrisa y dijo:

—Lo que pudo haber sido es un golpe de Estado de la derecha. De la extrema derecha —matizó—. No, no ha habido ningún golpe de Estado de la izquierda, sino un complot reaccionario para echar por tierra la situación democrática que está viviendo Portugal.

Hay que aclarar que, según el criterio expresado repetidamente por el primer ministro, en Portugal no existe todavía una democracia institucionalizada, sino simplemente una «situación democrática».

—Lo único que el Movimiento de las Fuerzas Armadas y las brigadas populares de vigilancia han hecho ha sido impedir que pudiera consumarse ese complot que se había preparado bajo el pretexto de la manifestación llamada de la «mayoría silenciosa». Lo único que se ha hecho ha sido impedir que las fuerzas reaccionarias condujeran al país a una situación semejante a la anterior al veinticinco de abril.

Comenté que lo que se había dicho era que las brigadas populares de vigilancia estaban for-

madas por comunistas en su mayor parte. El respondió:

—En los medios reaccionarios se ha insistido mucho en esto. Es cierto que había muchos comunistas, pero había también muchos de otras tendencias. Todos los portugueses «esclarecidos» —añadió— corrieron en defensa de la democracia al verla amenazada. No tiene nada de extraño que el Movimiento de las Fuerzas Armadas haya coincidido en esto con los partidos interesados en el establecimiento de una democracia en Portugal. El Movimiento es antifascista, como ha tenido ocasión de demostrar, y dado que esos partidos son asimismo antifascistas, es natural que coincidan.

En otro momento dijo:

—Los objetivos del Movimiento de las Fuerzas Armadas son transparentes. Y el que nos los vea es porque no quiere verlos. Los militares hemos comprometido nuestro honor en esos objetivos. Hemos puesto nuestro empeño en la institucionalización de la democracia a fin de hacer posible que el pueblo elija libremente su futuro. Nuestra tarea terminará cuando queden investidas las nuevas autoridades constitucionales elegidas.

Le pregunté si tenía algún comentario que hacer a la afirmación hecha por el general Spínola en su discurso de dimisión, en el sentido de que había habido desviaciones en la aplicación del Programa del Movimiento de las Fuerzas Armadas.

—Esta acusación no es exacta —dijo—. No ha habido desviación ninguna en la aplicación del Programa.

—¿Cómo explica la postura del general Spínola?

—Como ya dije hace unos días, el general Spínola demostró en su discurso que tenía una visión apocalíptica o catastrófica del presente proceso de democratización. El Movimiento y el Gobierno Provisional no comparten en absoluto la visión ofrecida por el general Spínola. No estamos viviendo en la anarquía, sino en el orden. Usted mismo puede ver la tranquilidad que reina en las calles. No ha habido necesidad de imponer el estado de excepción ni el toque de queda, ni tomar medidas especiales de seguridad. La operación de vigilancia por parte del pueblo y de las Fuerzas Armadas se ha hecho sin ningún incidente.

Me dijo también que no estaba en disposición de dar detalles sobre las personas que habían llevado a cabo la conspiración, y que cuando terminaran las investigaciones se haría un informe objetivo de la cuestión. Negó rotundamente que el general Spínola



Ante el anuncio de que iba a celebrarse la manifestación llamada de la «mayoría silenciosa», brigadas populares de vigilancia se lanzaron a detener y registrar los coches en busca de armas, materiales de propaganda o cualesquiera indicios de la conspiración que se estaba preparando. Llegaron a formar barricadas en las entradas de Lisboa. Pero se retiraron ordenadamente a medida que fueron llegando las fuerzas militares.





## Franz Kafka

- La metamorfosis (4)
- El castillo (297)
- América (344)
- La condena (399)
- La muralla china (478)
- Cartas a Milena (522)

El libro de bolsillo  
**Alianza Editorial**



«Lo único que el Movimiento de las Fuerzas Armadas y las brigadas populares de vigilancia han hecho —dijo el primer ministro Vasco Gonçalves a nuestro redactor Luis Carandell— ha sido impedir que las fuerzas reaccionarias condujeran al país a una situación como la anterior al 25 de abril».

## VASCO GONÇALVES

hubiese participado en la conspiración. En estos días, Lisboa está llena de rumores, según los cuales, Spínola, apoyándose en algunos oficiales que —como el teniente coronel Almeyda Bruno y otros— le son fieles desde que hicieron con él la campaña de Guinea, así como de alguna unidad de paracaidistas, habría intentado detener a los generales Vasco Gonçalves y Otelio Saraiva de Carvalho, este último jefe del COPCON o Policía Militar, durante una larga reunión celebrada en el palacio de Belem. Según dicen, lo que disuadió a Spínola de llevar a cabo su propósito fue el descubrimiento de un complot para asesinar al general Vasco Gonçalves desde el mirador de una casa de la Calçada da Estrela, junto a la residencia oficial de São Bento. Pero Vasco Gonçalves, en la conversación que tuve con él, insistió en que el dimitido Presidente no tuvo nada que ver con la conspiración, y afirmó que «esta figura eminente que es el general Spínola, fue utilizada por los organizadores de la manifestación de la llamada mayoría silenciosa para su complot contra la democracia».

También negó el general Vasco Gonçalves que hubiesen tomado parte en la conspiración los tres generales que posteriormente fueron destituidos de la Junta de Salvación Nacional: Galvão de Melo, Jaime Silverio Marques y el general de Aviación Diego Neto. En la conferencia de prensa del lunes, el primer ministro había explicado la dimisión de estos generales diciendo simplemente que «no se puede hacer una democracia sin demócratas». En cuanto al mayor Sanchez Oso-

rio, íntimo colaborador de Spínola y que ocupaba la cartera de Comunicación Social, el general Vasco Gonçalves dijo que, aunque no se podía olvidar su activa participación en el Movimiento de las Fuerzas Armadas que derribó al fascismo, el mayor había hecho posteriormente cosas que impedían que siguiera siendo ministro.

Se mostró muy satisfecho el primer ministro de la marcha de las cosas en lo relativo a la descolonización de Guinea y de Mozambique. Dijo que el caso de Angola era diferente, pero que los criterios políticos que allí se aplicarían serían los mismos, basados en un entendimiento antirracista. Hablamos de otras muchas cosas. Le pedí que me aclarara su afirmación hecha días antes de que la «estrategia antimonopolista» propuesta por el Gobierno no significaba que se emprendiera una «estrategia anticapital privado». Me dijo que, efectivamente, lo que el Gobierno trataría de impedir por todos los medios sería que los monopolios pudieran seguir definiendo la política económica nacional como habían hecho en el régimen fascista. Pero que, controlado el poder de los monopolios, no había ninguna razón para impedir el ejercicio de la iniciativa privada. Le pregunté si el Gobierno tenía los medios de contrarrestar las presiones con que la reacción intentará combatir el proceso democratizador del país, una vez fracasada la vía de la fuerza. Dijo que la reacción nunca había dejado de emplear sus armas económicas y que el Gobierno tenía los medios de contrarrestarlas. Pregunté finalmente:

—Dígame, señor ministro, ¿es la situación portuguesa en su conjunto tan alarmante como algunos dicen?

—No es tan alarmante —dijo él—. Hemos heredado los problemas de una dictadura fascista que se prolongó durante casi cincuenta años, cuya descomposición se ocultaba gracias a una férrea censura. No podemos hacer milagros, pero hemos puesto las bases para resolver nuestros problemas. Los enemigos de la revolución democrática que aquí se está llevando a cabo, esos sí consideran alarmante la situación, sencillamente porque están interesados en que sea verdaderamente alarmante. Nosotros tenemos confianza en el futuro.

Así terminó mi conversación con el primer ministro, Vasco Gonçalves. De pie, frente a la puerta, me dijo todavía:

—TRIUNFO es una revista que yo leo desde mucho antes del veinticinco de abril.

Antes de marcharme tuve aún una prueba de la sencillez de carácter que había observado en el general. Me hice a un lado para cederle el paso a la salida, y él dudó un momento, como quien está siendo objeto de una atención inmerecida. Finalmente salió, pero no sin decir antes la fórmula ritual: «Con licença», de la que su cargo podía haberle hecho creerse dispensado. Me acordé de la arrogancia del fascismo y pensé que algo importante había cambiado en este país.

Cuando ya salía hacia la puerta del jardín me volví a saludarle y le oí decir aún: «Mis mejores deseos también para España». ■  
L. C.